



"Amerruica" en estado de guerra

LOS GRINGOS TAMBIEN LLORAN

(Crónica de un acecho)

(Por Piero Montebruno,
nuestro hombre camino a Nueva York)

Los 11 de septiembre se termina un mundo y empieza otro. Ya a nadie le cabe dudas. Ni en Chile ni en Estados Unidos. Este 11 de septiembre, hace tres días (desde que escribo estas líneas), y a esta misma hora, once de la mañana, desperté en Talca. La caña de whisky conseguida entre fanáticos pinochetistas de la zona la noche anterior, me confirmaba la wild card para la celebración que iba adar, y que ya de seguro día, el "hijo de mi general Pinochet" en esa ciudad. Todo esto, reportando las celebraciones y manifestaciones de nuestro Once. De manera que no vi alive la cagadita que estaba quedando en Nueva York y en el Pentágono en este nuevo "pronunciamento militar" (o guerrillero) del Siglo XXI. No puedo negar que las repeticiones me pusieron contento. Al fin "Amerruica" era Vietnam. Aunque nunca voy a celebrar una muerte ajena, la caída de un muro del Pentágono es, por lo menos, un augurio de vida ajena. El ataque a los estigmas de la American way of life, era casi perfecto: tres blancos de cuatro. Los kamikaze special daban una clase de guerrilla aérea - no rural ni urbana-. Las dos torres del World Trade Center, el "centro del mercado global", desaparecían tragadas por un hongo globalifóbico que visualmente recordaba al hongo atómico de Hiroshima. ¿Y el blanco errado? Quizá, la Casa Blanca, quizás Camp David. No soy talibán, ni me voy a poner talibán de repente. Pero destruir los símbolos del imperialismo no tiene nada que ver con destruir budas perpetuos. En un mundo virtual y desechable cuentan más las ruinas que los edificios; así pasó con el muro de Berlín y así pasará con los escombros del "ataque a EEUU". Por esto último y por el vicio de la crónica decidí, agregar al dicho Talca, París y Londres, un nuevo destino, Nueva York. Ese fue el comienzo de este acecho a Nueva York.

THE MEXICAN WAY TO AMERICA

Con el espacio aéreo de Estados Unidos cerrado tuve que elegir la ruta DF, serenata charra incluida, a Benito Juárez y finalmente ciudad Juárez, para entrar a USA por el coño, por el paso del norte, el absoluto sur, con un chapoteo en las aguas genitales del Río Grande. En ese agitado coño me topé con unas ladillas del Departamento de Inmigración que sin ambages me encerraron en una pieza y me interrogaron. Primero me obligaron a sacar todo lo que traía en mis bolsillos, después preguntaron el porqué de esos objetos. Raro y a la vez tonto. Por eso comenté que me excitaba que se me pidiera desnudarme para entrar a un país. Esta "salida" puso fin a la etapa de strip tease, y pasamos a la sesión de fotos y autógrafos digitales para engrosar los cahüineos del FBI. Hice mi mejor esfuerzo y salí sacándole la lengua a la máquina que me apuntaba. Con tanto interés hacía mis señas y calculando que ya acumulaban más información que el Registro Civil de Santiago, temí me estuvieran haciendo ciudadano norteamericano. Por suerte, abruptamente se me indicó que me faltaba cierto trámite insoslayable si pretendía seguir adelante. Se me condujo por un intríngulis de pasillos donde aproveché de preguntar si ahora venía la silla eléctrica o alguna de esas prácticas tan propias del país del Norte. Debido a mi pasaporte italiano, el trámite insoslayable no pasaba de llenar un papelito idéntico al que se llena al llegar a cualquier aeropuerto del mundo. Más las típicas y fascistas preguntas que parecen haber redactado los mismísimos Henry Kissinger y Edgar Hoover. En el papelito se advierte que responder sí a una de las interrogantes equivale a caer en desgracia con el Tío Sam (éstas son cosas como es usted comunista, nazi, enfermo de tal o cual cosa, etc) Yo, en conciencia, debí poner sí a un par de ellas y por lo mismo, en conciencia de mis riesgos, respondí que no a todas.

FIVE HUNDRED BUCKS

Tan íntimo estaba del FBI que les dije que aún no conocía el lugar exacto de Nueva York donde me dirigía ni menos dónde pensaba hospedarme. Por esto, se me censuró y se me pidió perentoriamente que averiguara. Pedí un teléfono y se me conminó a volver a México para ello, lo que me significaba un par de zambullidas en los jugos del interpliegue del Río Grande. Además, en un rebuscamiento, se me exigió documentar mi vínculo periodístico con The Clinic. Mi credencial, ni la exhibición de la última edición con una crónica de mi autoría, les bastaron. La escritura no podía demostrarse con escritura, tenía que hacerse con un vínculo de plata. Al menos me sirvió para cagarme de la risa cuando vi que, por si acaso, desde el fax enviado desde Santiago, mi remuneración fue inflada a 500 bucks (¡que no se nos rebaje a miserables!). Con el trámite hecho y con la piel macerada de tanto piquerazo, recibí la insólita petición de exhibir el pasaporte chileno que ya sabían, porque a esas alturas ya sabían casi todo de mí, traía conmigo. Me negué a entrar como chileno por el racismo galopante que reemplazó en el alma americana a los 320.000 centímetros cúbicos de concreto del WTC, hoy desparramados por el suelo. Después de varias horas me timbraron el visado pero no mi pasaporte. Lo hice notar y no tuve respuesta. La policía gringa quería hacerme entrar de ilegal. Obvio, para detenerme en la próxima esquina. Hice como que caía en la trampa, pero en una sala contigua los acusé al agente más mexicano que encontré y logré el timbrado, aunque como era otro el exactamente verdadero, hubo que hacerle a lápiz unas cuantos arreglines. Finalmente había entrado a EE.UU., por Texas, el estado fascista de bandera casi, pero casi igual a la chilena. Además, estaba, quizás, lo mas lejos que era posible de Nueva York.

BYE BYE AMERICAN DREAM

El ataque con cuatro aviones de las líneas United y American, despertó a los americanos de su propio sueño americano. Estados Unidos tambaleaba como amo del mundo. Y ahora el Tío Sam va a exigir una esclavitud total, una paz ciudadana mundial, por eso algunos pensaron y todavía piensan en un auto atentado del extremismo ultra católico o de un FBI fanático, pero un país que siempre ha vendido un paraíso interno a costa de un infierno externo, no quiere perfeccionar el infierno externo a costa de un infierno propio. Salvo que ese país sea el mismo diablo o, como dijo el abucheado Bush, lo haya mirado "cara a cara". Estados Unidos está en estado de shock y en estado de guerra. Los gringos se enojaron y se amurraron. Les pegaron en casa por primera vez y quedaron picados hasta el alma. Se les nota. Vagan en silencio como si les hubieran comido la lengua los ratones, portando pequeñas e inútiles banderitas gringas (cualquiera diría que allá también es el Mes de la Patria). Se quedan pegados mirando fotos de las torres gemelas como si fueran un par de hijas recién muertas en un accidente. Por eso las banderas cuelgan a media asta y cada vez que otro norteamericano toma conciencia de este deceso, las banderas vuelven a bajar a la mitad de la mitad anterior, al luto se le suma un nuevo luto y esto va a terminar por echar por tierra a todas las banderas.



THE MONEY AND THE RAT

El FBI, que es el encargado de levantar a la autodenominada América (sin acento) ha iniciado una investigación de guerra bajo la consigna "follow the money and you will find the rat". ("sigue el dinero y encontrarás a la rata") Siguiendo cuentas bancarias de los pasajeros piratas ha dado con varias identidades y conexiones, pero casi todos están muertos porque la consigna por el otro lado era perecer. El sospechoso número uno es el ya archiconocido Osama Bin Laden, el árabe que sale riendo en posición de oración con un AK-47 entre las piernas. Si las pruebas lo inculpan las va a pagar caro, muy caro, aseguran. Yo les creo. Y también habrá castigo para aquellos que lo tienen de huésped, los talibanes. En palabras del juez Garzón - que anda en México- se va a castigar un crimen contra la humanidad con otro crimen contra la humanidad. Lo único claro a estas alturas es que el crimen pertenece a lo humano. Y que esto huele a guerra. A una guerra declarada sin tener la identidad del enemigo, como un cheque abierto, una guerra contra una capucha o un turbante. Con el ataque a Estados Unidos la Guerra Fría terminó de terminar. Y parece que viene un período de guerra caliente. Demasiada paz hemos vivido. Y al hombre le gusta la guerra. Es una lástima.

(Desde el hotel Radisson Plaza de Fort Worth donde en 1963 durmió Kennedy, la noche antes que lo asesinaran).

